

La fuga fantástica de Bohumil Hrabal

La "Praga de oro" de Hrabal está construida, como en muchos escritores praguenses, sobre un paisaje inventado por una literatura anterior y en particular por la vena fantástica y grotesca a la que están vinculados —bajo la égida de Kafka— Meyrink, Kubin y sus descendientes, cuyo fúnebre humor ha engendrado una rica descendencia poética, que atestigua la novela-parábola extremadamente intensa de Ladislav Fuks, *Los ratones de Natalia*.

Esta literatura praguense que tiene por objeto obsesivo su propia tradición, demuestra así una vitalidad siempre fecunda. Descubierta para Italia por Angelo Maria Ripellino, que prologó *Anuncio una casa donde ya no quiero vivir*, la obra de Hrabal encarna poderosamente ese vigor locuaz y vagabundo. *¿No quiere conocer la Praga de oro?* es un libro de once relatos: historias tiernas y simpáticas, historias de bailes lugareños, de muchachas seductoras y desbordadamente cariñosas, de notarios respetables y quedados que viven con dignidad el paso del tiempo; historias de arrabales provincianos y de gozosas bandas de desempleados, de picarescos funerales y de recuerdos de campos nazis, de noctámbulos en busca de aventuras y de viejas parejas que conservan intacta su ternura; de tímidos reencuentros sentimentales y de paseos surrealistas por provincia, o incluso de retorcidos vendedores de seguros que rivalizan en ingenio para hacer firmar a clientes incautos los contratos más extravagantes.

Alérgico al paternalismo burocrático de su país, Hrabal opuso a la por entonces creciente tiranía y a la planificación generalizada de la existencia la fuga de la fantasía y los espacios de un imaginario grotesco, el gusto provocativo de la gracia y la fanfarronería, el sentimiento fugitivo de la irrealidad cotidiana. Sus relatos mezclan la dimensión única del individuo, los detalles ínfimos de la vida cotidiana, con la búsqueda absurda de un sueño personal. El decorado manierista de una Praga moldeada por los estereotipos literarios le inspira la enloquecida alegría de sus historias; las charlas interminables que surcan la ciudad son recuerdos de familia donde abreva como en un oasis.

Los cuentos, los chismorreos, las anécdotas son de hecho las claves del universo de Hrabal donde aun el murmullo monótono de un anciano se convierte en un gesto de bonhomía y lealtad. El mundo de Hrabal está dominado por la solidaridad fraterna entre amigos, por una bondad alegre que lo une a la vida como cordón umbilical que ninguna decepción o fracaso podrían cortar; Hrabal posee algunos destellos de la gracia radiante de un Chesterton o de un Čapek, de su sentido épico de lo cotidiano que da a cada experiencia un significado propio.



Hrabal ofrece lo mejor de sí mismo en la fineza y la precisión de algunos momentos fugitivos: un carrusel que gira en la sombra azul de la tarde, el perfil de los tejados en el regazo del sol, la conversación de una niña ciega en un tren frente a la indiferencia de la inspectora y del paisaje que desfila por ráfagas, un diálogo en un hospicio o en un asilo. Tema frecuentemente en la literatura praguense, los objetos siempre tienen algo de incómodo o de amenazador: en una revuelta burlesca contra los hombres, los objetos terminan por caerles en la cabeza o a los pies y los hacen tropezar, provocando yerros y confusión. La imagen más insistente de la realidad es la de su reflejo inverso y simétrico en el agua del río, inmovilidad deformada por la corriente. Los límites de Hrabal están en la sutileza —que se arriesga con frecuencia a fragmentar lo cotidiano—, o incluso en el abuso de lo grotesco, en su complacencia para multiplicar los gestos, en los fuegos artificiales de inventos abandonados al capricho de la diversión y a la fantasmagoría de lo excéntrico, es decir, a la desmesura. Esta inclinación por la extravagancia es también un tema tradicional de la literatura praguense, y de su tendencia patética, presente en Hrabal, para remedar y deformar una realidad muy difícil de vivir y comprender. ◇